

Mely del Rosario  
González Aróstegui

*Elogio a Alfredo  
Guevara en su  
investidura de Doctor  
Honoris Causa de la  
Universidad Central  
«Marta Abreu» de  
Las Villas.*

«La generosidad congrega a los hombres y la aspe-  
reza los aparta» dice José Martí [...] «El corazón se  
agria cuando no se le reconoce a tiempo la virtud.  
El corazón virtuoso se enciende con el reconoci-  
miento y se apaga sin él. O muda o muere. Y a los  
corazones virtuosos, ni hay que hacerlos mudar, ni  
que dejarlos morir. El mundo es torre y hay que  
irle poniendo piedras: otros, los hombres negati-  
vos, prefieren echarlas abajo. Es loable la censura  
de la alabanza interesada. Cuando consuela a los  
tristes, cuando proclama el mérito desconocido,  
cuando levanta el ejemplo ante los flojos y los des-  
corazonados, cuando sujeta a los hombres a la vida  
de la virtud, lo loable es la alabanza».<sup>1</sup>

**H**e recurrido a Martí. Solo desde la altura de  
su trascendente palabra me atrevo a intentar este elogio, inspi-  
rada en el espíritu que ese hombre inmenso nos legara para re-  
conocer, admirar y amar a los virtuosos de la Patria. Convenci-  
da además de la raíz martiana de Alfredo Guevara, de su  
identificación con el ideal más puro que congrega a los hom-  
bres: la libertad. Así le siento, tan martiano, al expresar: «el ideal  
libertario, como sustancia esencial de la vida no ha perdido nun-  
ca la importancia decisiva que tiene en mi persona y pensamien-

<sup>1</sup> José Martí: «Sobre los oficios de la alabanza», OC, I: 369.

to, en mi conciencia y en mis actos [...] No ha cesado de ser, es el fuego que calienta, alimenta y dará energía a mi alma hasta el último día».<sup>2</sup> Así lo expresa y así lo descubrimos, siempre tan joven, con tantas ganas de luchar, de hacer y de amar.

Por eso los desafíos de aquella generación del Centenario lo atraparon, envolvieron e hicieron cómplice a su torrente con apenas 16 años. Los aires de la Revolución del treinta le llegaron un poco antes, quizás desde su balcón, cercano al malecón habanero, aires suficientes para que las imágenes quedaran y, con ellas, el rechazo profundo a la flota americana, y el odio a los marines... Así comenzó a ser antiimperialista, huella que hace de él, con voluntad o no, un socialista radical, vocación puesta después al servicio de un proyecto que amanece en 1959.

Cada generación de cubanos ha intentado irrumpir en el escenario de la Revolución desde su altura y desde su propio momento histórico. Es innegable. Conocer a esta Isla y a su proyecto social es imposible sin admitir, valorar y comprender a los hombres que a su saga se han incorporado. Cada momento, cada etapa, cada proceso, con sus luces y sus sombras, sus alegrías y sus tristezas, sus éxitos y sus fracasos, conserva una histórica elegía. Confieso que he leído otros elogios, de los muchos que ha recibido Alfredo ante los numerosos premios, condecoraciones y reconocimientos merecidos. Me ha impresionado, de manera especial, el escrito por Roberto Fernández Retamar cuando le entregaran a Alfredo el Premio Nacional de Cine, o aquellas memorables palabras de la Dra. Graziella Pogolotti al presentar el libro *Tiempo de fundación* y, realmente no puedo, como ellos, hablar de Alfredo desde sus años de estudio y luchas comunes, ese tiempo hermoso de combate y fundación que otrora compartieron. Pero al igual que Graziella y Retamar asumo el reconocimiento a una obra de vida que trasciende «desde una lucidez de pensamiento y pasión». Una obra que ya reúne importantes tesoros, una obra que me ha estremecido y que sí he logrado alcanzar desde la lectura.

He perseguido sus libros y sus cartas, sus prólogos y conferencias, sus entrevistas y discursos. Lo he admirado leyéndolo, estudiando desde la investigación de esos años fundacionales que fue-

<sup>2</sup> Alfredo Guevara: Prefacio del libro *Tiempo de fundación*, p. 27, Iberautor Promociones culturales S.L., 2003.

ron los sesenta, y allí donde estuvo y está su impronta de intelectual comprometido, de político militante, de comunista cabal.

Confieso también que no he podido desprenderme desde entonces del temor de las palabras y las frases acuñadas, vengan de donde vengan: «no hay creación donde hay moldes estrechos», ha dicho Alfredo, y cada día un nuevo reto, una nueva tarea investigativa, un nuevo hallazgo nos devela, por un lado, la mística del conocimiento, por otro, el empedrado camino de la Revolución.

He comprendido, luego de leer sus libros, por qué en los sesenta se reconoció natural que entre los revolucionarios cubanos se presentaran diferencias y divergencias en cuanto a los caminos del socialismo, y he comprendido también por qué más tarde comenzamos a temerle a la diversidad de senderos en un mismo camino. Aún y cuando existe un denominador común que guía las conciencias y las voluntades de los que mantuvieron las ideas y posiciones más disímiles: la Revolución cubana, con su justicia socialista y su liberación nacional, con una inteligencia al servicio de su proyecto, incluso así, los fantasmas de la burocracia, el formalismo, la doble moral y la corrupción nos rondan con una intensidad que nos desgarran a todos los que hemos ya vivido la Revolución amándola, porque es cierto Alfredo, cuando la Revolución, como Midas, toca un alma, «ésta ya no será nunca la misma, un cierto resplandor áureo la hace distinta».

Leyendo a Alfredo es posible entender el valor de la creación partiendo de una convicción revolucionaria: el ejercicio intelectual se hace más eficaz como acto revolucionario, porque la comprensión del presente no está dada por su legitimación, sino por la capacidad de subvertirlo cada día en el acto mismo de la creación, que no puede desprenderse de la crítica y el debate. En circunstancias cada vez más adversas nos acechan la ignorancia y la mediocridad. También en eso nos alerta Alfredo, en una cruzada que refleja su profunda vocación de profesor y político:

«Estoy convencido, —ha dicho— siempre lo he estado, ahora más que nunca, que solo puede revolucionarse desde el saber y desde el amor. Puedo decirlo de otro modo, para acercarme a Rimbaud, “cambiar la vida”, y de eso se trata. El saber y el amor entrelazados legitiman el acto y la voluntad revolucionaria; no solo el saber, también el amor es necesario, y esto supone la pre-

sencia del otro, respetable. No hay legitimidad posible sin esa extraña asociación; la que afirma la individualidad y la que la asocia, y que para asociarla, obliga a una cierta, parcial, voluntaria, consciente dejación solidaria».<sup>3</sup>

Y nos devela entonces un panorama deslumbrante, el de los intelectuales en su ejercicio de solidaridad humana haciendo dejación de cualquier mezquindad individual. El gran dilema de los intelectuales, la eterna contradicción entre individuo y sociedad, entre artista y Revolución, que se resuelve cuando la noción del compromiso político, el pacto entre intelectuales y sociedad empieza a operar desde otra dimensión, que prioriza la acción y donde el ser de la palabra pasa por los horizontes del deber ser de la política y sus contenidos pragmáticos. Así lo reconoce Alfredo al afirmar: «Una revolución es una conmoción tan grande, es un proceso de destrucción y fundación y transformación de valores tan profunda que no puede, sino salvar —en el marco de una generación, o en el marco de un grupo de generaciones entrelazadas—, no puede sino salvar y destruir vidas, salvar y destruir corrientes y puede que en un largo período sea, incluso, difícil fundar».<sup>4</sup>

Coincidimos con la idea de que el trabajo intelectual está obligado a ser muy superior a las condiciones de reproducción de la vida social en que se hace. De aquí que el dilema de los intelectuales cubanos haya pasado por una relación economía-política-ética desde que la Revolución triunfó en un medio donde aún no existía un adecuado desarrollo económico y donde acechaban peligros nada desestimables ante la cercanía de los Estados Unidos, con su odio imperialista hacia Cuba. Decía Cintio Vitier que lo primero que se descubre cuando un país entra en Revolución es la consistencia moral de la vida humana, lo que era el saber y el sufrimiento de unos cuantos solitarios, se convierte de pronto en un acto masivo. Al plantearse las contradicciones económicas e ideológicas como alternativas de vida o muerte, cada hombre, cualquiera que sea su extracción social, se ve obligado a tomar partido y a militar, «[...] cada hombre en

<sup>3</sup> Alfredo Guevara: «Carta a Sandra del Valle y a Camilo Pérez Casal», en *Y si fuera una huella*, p. 627.

<sup>4</sup> Alfredo Guevara: Palabras de presentación del libro *Tiempo de fundación*, Iberautor Promociones culturales S.L., 2003.



suma, sabe que tiene que escoger entre lo justo y lo injusto, a la altura de su momento histórico, sin máscaras ni subterfugios. Una Revolución es —enfaticaba— en cuanto a vivencia, la objetivación multitudinaria de la eticidad en que el hombre, como tal, consiste».<sup>5</sup>

Y es por eso que muchas de las más interesantes polémicas de los sesenta se dieron precisamente vinculadas al trabajo de los intelectuales e involucraron a hombres como Alfredo Guevara, porque Alfredo es de los hombres que al decir de Martí «llevan en sí la agónica rectoría moral de sus pueblos». Su postura ética frente a los ataques contra glorias de la cultura cubana como Alicia Alonso, Nicolás Guillén o Alejo Carpentier así lo demuestra. La injusticia y exceso crítico con que fueron tratados estos artistas cubanos por algunos miembros del grupo *Lunes de Revolución* es lo que lleva a Alfredo Guevara a escribir su texto «Catedrales de paja», y a señalar la necesaria relación entre la ética y la política que no debe olvidar todo proyecto revolucionario que se respete.

Protagonista de esta etapa conflictual, no escapó de las agudas dicotomías enmarcadas con el obvio proceso de radicalización, un proceso que aspiraba a ideales muy altos, ¡cuántas interrogantes no se abrieron, por ejemplo, luego de las reuniones de la Biblioteca Nacional, donde Fidel pronunciara sus conocidas «Palabras a los intelectuales»! ¿Cómo mantener el espíritu de la creación artística en los cauces que marcaban esas palabras de Fidel? ¿Cómo ser consecuentes con la línea: «Dentro de la Revolución todo; contra la Revolución ningún derecho», sin dejar de ser creativos y originales? ¿Cómo impedir que en nombre de la «defensa» de la Revolución se escondieran posiciones oportunistas y se cometieran excesos de todo tipo? ¿Cómo neutralizar a la mediocridad que lleva al dogmatismo por no poder interpretar y actuar en la dialéctica que tiene que imprimirse al proyecto socialista? ¿Cómo observar la necesaria e inevitable correlación política-cultura sin que la cultura se convierta solo en lo que señala Fernando Martínez: en «frente» que se atiende «políticamente»?

Como otros grandes intelectuales cubanos Alfredo Guevara aceptó y enfrentó estos desafíos. El paso de los años no laceró



<sup>5</sup> Cintio Vitier: *Ese sol del mundo moral*, p. 57, Ediciones Unión, La Habana, 2008.



sus deseos de luchar, sus deseos de Fundar con mayúscula o lo que es lo mismo, fundar ideas y arrastrar legiones. Desde su mayor creación, el Icaic, este intelectual-político ha sido capaz de atrapar corazones, infundir esperanza y desatar las más elevadas pasiones entre sus contemporáneos...«porque si no hay pasión no hay militancia». Su obsesión: los jóvenes, porque «no hay modo de ser revolucionario sin reconocer que el destino debe estar en manos jóvenes». Así ha dicho recientemente en la entrevista televisiva que nos estremeció a todos, donde conocimos un poco más de sus convicciones, de sus sentimientos, de su admiración y amistad con Fidel, del sentido de una vida puesta al servicio de otros más que de sí mismo.

Despierta entonces el interés de los valientes que no vacilan en reconocer errores, con la honestidad propia de los revolucionarios para los que no hay descanso posible. Porque no hay descanso posible para los que han vivido entregados y comprometidos militantemente con la Revolución, eso lo sabemos, desde que esta Revolución desbordó sus cauces nacionales y comenzó a sostener la esperanza de millones de seres en el planeta. También Alfredo mira al futuro con la certeza de que ni los errores, ni las confusiones, ni siquiera las decepciones podrán empañar esta obra inmensa, y nos conmina a seguir creyendo en el ideal del comunismo, aun cuando por momentos se nos aleje en el horizonte.

Así te vemos, Alfredo Guevara, Señor Oficial de la Legión de Honor y emblemático intelectual de la Revolución Cubana, merecedor de distinciones tan altas como la Orden Nacional José Martí, con tu mítico saco al hombro, siempre dispuesto a enseñarnos cómo caminar, como dice Graziella, sobre «carbones ardientes» en el complejo entramado de acciones de este proyecto social, tan polémico y controvertido, y por eso tan hermoso. No idealizamos la realidad. Solo creemos en el valor de las ideas y en el papel de la cultura. Si la «cultura salva» como dijo otro de nuestros grandes, esa fuerza salvadora debe aglutinar a todos sus protagonistas consecuentemente, sin que esto implique dejar de ser intransigentes frente a la mediocridad y el oportunismo, manteniendo una posición de principios sin rehuir a la contradicción y al conflicto, que han sido, al fin y al cabo, importantes pivotes de crecimiento para la cultura cubana. Solo así llegaríamos a comprender lo que muchos han llamado «el



misterio de Cuba», su altura frente a las adversidades y su resistencia frente al imperialismo. Solo así seremos consecuentes nosotros mismos con las razones que nos llevan a entregarle hoy este título de *Dr. Honoris Causa*.

Termino con palabras del propio Alfredo, palabras que, sin lugar a duda son un hermoso legado a todas las generaciones de cubanos que hoy compartimos anhelos y luchas: «el amor, la ternura, la pasión, el proyecto, repletan el alma, realizaré esos sueños y si no lo lograra, no importa, inagotable proseguiré el camino, llegarán otros sueños que realizar pudiera».

**Muchas gracias.**